

Andrea Ferrari

EL HOMBRE
QUE QUERÍA
RECORDAR

**EL HOMBRE
QUE QUERÍA RECORDAR**

ANDREA FERRARI



El hombre que quería recordar

Primera edición: mayo de 2008

Primera edición en Perú: diciembre de 2013

Tercera reimpresión: marzo de 2019

Dirección editorial: Elsa Aguiar

Coordinación editorial: Gabriel Brandariz

Diseño de la colección: Estudio SM

Fotografía de cubierta: Brand New Images - Getty Images

© del texto: Andrea Ferrari, 2005

© de esta edición: Ediciones SM S. A. C., 2013

Micaela Bastidas 195, San Isidro, Lima, Perú

Teléfono: (511) 614 8900

contacto@sm.com.pe

www.sm.com.pe

www.leotodo.com.pe

Impreso en el Perú / *Printed in Peru*

Impreso por Gráfica Esbelia Quijano S. R. L.

Jr. Recuay 243, Breña, Lima 5, Perú

Tiraje: 500 ejemplares

ISBN: 978-612-316-067-8

Hecho el Depósito Legal

en la Biblioteca Nacional del Perú: 31501311900248

Registro de Proyecto Editorial: 2019-03385

Todos los derechos reservados. Queda prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin el permiso previo y por escrito de los titulares de los derechos de propiedad intelectual.

PARTE I
La conversación

1

El principio, dice usted. Fue un principio extraño, como todo en esta historia. Al tipo lo conocí un miércoles por la noche en la puerta del diario. Lo primero que pensé al verlo fue que no parecía loco. Tal vez algo extraño, un poco ido, pero no loco. Y por el momento eso me dejó tranquilo, porque lo que a mí en verdad me preocupaba era que estuviera completamente chiflado.

Lo observé desde lejos y le calculé unos cuarenta y cinco años. Era alto, con un físico bastante aceptable y una barba apenas canosa. Recién al acercarme observé que tenía una venda en la muñeca y marcas violáceas en la frente, como si alguien le hubiera partido el alma a golpes. Me paré a su lado y murmuré que me enviaba Polini, para escuchar lo que tuviera que decir.

Pero primero tendría que explicarle a usted quién es Polini y qué hacía yo ahí. Se suponía que mi presencia en el diario *El Nacional* era un premio. Eso decían por lo menos las bases del concurso «Con vo-

cación de periodista» en el que había ganado el primer puesto. Para ser sincero, yo no tenía la más mínima vocación de periodista. Me había metido en ese asunto empujado por Vázquez, mi profesor de literatura en la escuela, que tenía unas desmedidas expectativas sobre mis habilidades. Aquel día en el aula dijo que el concurso era una fabulosa oportunidad para los que escribían bien. Dijo eso y clavó sus ojos en mí. Pero no se crea que me tenía tanto aprecio. Creo que si yo ganaba él obtenía algún tipo de ventaja por ser mi profesor.

Yo, sin embargo, miré para otro lado. Francamente, el asunto me interesaba bien poco. Qué quiere que le diga, yo en ese momento solo contaba cuántos días faltaban para las vacaciones. Pero entonces vi que Luciana se acercaba al profesor para obtener los datos del concurso. Para entenderme usted tendría que conocerla a Luciana: una de esas rubias que cortan el aliento. Yo me había pasado el año entero intentando que esa chica depositara en mí sus ojazos y todo lo que había conseguido habían sido diecisiete segundos de su atención, y eso un día en que me preguntó la hora porque yo era el único en todo el curso que había llevado reloj.

Esa es la verdad, me metí en el concurso con el único objetivo de conquistarla. Pensé que si los dos participábamos tal vez habría oportunidades de verla fuera de la escuela. Pero nada. Cuando recibí la carta ya era verano, habían empezado las vacaciones y Luciana había quedado definitivamente fuera de mi vida, creo que sin haberse enterado nunca de mi existencia.

La carta en cuestión anunciaba que yo había ganado el primer premio, lo que me hacía acreedor a

tres cosas: doscientos pesos, la publicación de la nota y dos meses de estadía en el diario como aprendiz de periodista. El dinero me venía de maravilla y la publicación parecía ser una buena noticia. Sobre el resto no estaba muy convencido. Le digo más, estuve a punto de ignorar esa parte: pensé en cobrar la plata y mandarme a mudar. Si no lo hice fue por mi madre. No para complacerla, sino para aliviar la presión con la que me estaba sofocando día a día debido a mi falta de vocación. «Estás desganado», decía. Es una de sus palabras favoritas: «desganado».

Sé que me estoy yendo por las ramas. Pero cuento todo esto para que usted entienda que el tipo cayó en mis manos de pura casualidad. Sé que alguien anduvo diciendo que había un conocimiento previo o que conformábamos algo así como una sociedad, pero no es cierto. Él no me buscó ni yo me propuse encontrarlo. En verdad, creo que el encuentro fue una suerte de venganza hacia mí, una demostración del desagrado que yo provocaba en mi jefe, Juan Polini.

Sí, yo para Polini no era un premio sino un castigo. Lo comentó un día, sin notar que yo daba vueltas por ahí, como siempre un poco perdido, un poco fuera de lugar en ese diario.

—Ahora tengo un crío de diecisiete años conmigo —le dijo a un fotógrafo—. No sé qué se creen en la gerencia. Cada vez nos mandan gente más joven y más inútil.

Me habría gustado decirle que yo tampoco disfrutaba de su compañía y que tal vez me decidía a abandonar todo esa misma noche. Pero no dije nada y al otro día estaba nuevamente ahí. No sé bien por qué seguía yendo al diario. Claramente, no estaba aprendiendo gran cosa: día tras día no hacía más que bus-

car información en el archivo o, peor todavía, llevar y traer cosas para Polini. Pero en alguna parte yo sentía que esos dos meses en *El Nacional* tenían que traer algo distinto a mi vida. Algo, me entiende: algún beneficio, algún cambio. O al menos alguna chica.

Ese algo llegó –el cambio, no la chica– un miércoles por la noche y en un mal momento. Una de las pocas cosas que yo había aprendido a esa altura es que en un diario cualquier noticia que sucede después de las ocho de la noche es una muy mala noticia. Ese día eran unos ladrones que habían tomado rehenes en un supermercado. Ya eran las diez, la policía rodeaba el supermercado, los asaltantes no daban señales de entregarse, la noticia ya había pasado a la tapa del diario, y Polini estaba de un humor de perros. Fue en ese momento cuando sonó el teléfono.

—Avisan de la recepción que un tipo medio extraño pregunta por usted –le informó un periodista al jefe–. Dijo que tiene una buena historia para contar, pero no quiso dar su nombre.

Polini maldijo en voz baja. La otra cosa que yo había aprendido en mi estadía en *El Nacional* era que hay que huir de los locos. Nunca antes me había imaginado la cantidad de personas con un tornillo flojo que se presentan en los diarios para explicar su increíble historia: que lo persiguen los servicios secretos, que son genios sin descubrir o que existe una conspiración montada en el gobierno para arruinarles la vida. El problema es que además de los locos muy de vez en cuando aparece gente que tiene algo importante para decir. Y no es fácil discernir quién es quién.

Esa noche observé cómo el jefe levantaba la vista y miraba a cada uno de sus subordinados. A esa hora,

todos estaban enfrascados en una nota, y si no, fingían estarlo. Entonces la mirada de Polini se posó en mí y en sus labios se dibujó una sonrisa. Una sonrisa perversa, me pareció a mí.

—Santiago —dijo—, quiero que vayas a la recepción y escuches qué tiene ese tipo para contar.

Me levanté resignado y tomé el anotador. Alejandra, una de las periodistas, me chistó. Era una de las únicas que había demostrado alguna simpatía por mi insignificante persona. Creo que me tenía compasión.

—Evitá sentarte —me aconsejó en un susurro—. Es más fácil zafar de los locos si uno está parado. Y cuando empiece a decir cosas sin sentido le decís que tenés que consultar el tema con tu jefe y que te llame mañana.

Asentí y caminé lentamente hacia la puerta. Como le decía, fue una casualidad: yo no tenía ni idea que estaba por conocer al tipo que me iba a cambiar la vida.

Evidentemente, tampoco él esperaba que alguien como yo saliera a verlo. Cuando le dije que me mandaba Polini, el tipo frunció el ceño y miró por encima de mi cabeza, como esperando aún que apareciera alguien más.

—¿Vos sos periodista? —preguntó.

—Sí —contesté—, y tengo poco tiempo. ¿Me quiere contar?

Acusó el golpe. Ahora sí me miró a los ojos y sonrió.

—Claro —dijo—. Pero no acá. Te invito un café en la esquina.

Dudé y él se dio cuenta de que dudaba. Eso, irre-

mediablemente, iba a ser una constante con el tipo: siempre me sacaba ventaja. Leía mi cara como un estúpido libro abierto.

—No perdés nada –insistió antes de que yo pudiera objetar—. La historia es buena y no voy a tardar más de quince minutos en contarla.

Creo que él ya sabía que yo iba a ir y yo sabía que estaba violando la premisa básica de no sentarse con un loco. Ni con un supuesto loco. Necesitaba poner algún límite, aunque no fuera más que para sentirme mejor con mi conciencia.

—Bueno –accedí—, pero no más de quince minutos: eso es todo el tiempo que tengo.

El tipo asintió y caminamos en silencio hasta el bar. Yo elegí la mesa junto a la ventana y él llamó al mozo.

—¿Tomás café? –preguntó.

En verdad, yo no tenía ganas de tomar café. Hubiera preferido un jugo, pero me pareció que eso me rebajaba al nivel de un infante.

—Sí –dije—, cortado.

Esperé hasta que llegó el café y el tipo le puso dos sobres de azúcar. Admito que no tenía idea de cómo empezar. Otra vez, él me ganó de mano.

—¿Qué edad tenés, pibe? –me preguntó.

Las dos cosas me molestaron: que me dijera pibe y que me preguntara la edad.

—Diecinueve –mentí. Ya sé que fue una mentira idiota, pero me parecía entonces que esos dos años más que estaba asumiendo eran un límite definitivo, la puerta de entrada a la vida adulta, cuando ya no

había ningún motivo para que a uno siguieran diciéndole pibe. Él no pareció pensar lo mismo.

—Qué joven —dijo—. Y ya sos periodista. Tuviste suerte, te contrató un diario importante.

—Sí —volví a mentir—, pero vayamos a lo suyo. ¿Cómo se llama?

—Bueno, ese es parte del problema —suspiró—. No sé.

«Sonamos», pensé, «a fin de cuentas era un loco». Empecé a imaginar qué estrategia podía usar para huir rápidamente de allí. Miré la hora, como para ir anticipando una excusa. Otra vez, él lo adivinó.

—No estoy loco —aseguró—. Tengo amnesia.

«Sonamos», volví a pensar. Un loco que cree tener amnesia. Pero como no sabía qué decir, le dejé que contara sin interrumpir. La historia empezaba quince días antes, cuando el tipo se había despertado en el Hospital Fernández. No tenía ni idea de qué hacía ahí. Una enfermera le explicó que había sufrido un accidente: tenía dos costillas y una muñeca fracturadas y hematomas en todo el cuerpo.

—Lo más delicado era la cabeza, había recibido un golpe muy fuerte acá —me explicó tocándose la nuca—. Me hicieron miles de estudios y aunque estaba un poco aturdido y los primeros días tenía terribles dolores, las cosas pronto empezaron a andar mejor. Solo que yo no me acordaba de nada. Absolutamente nada.

El accidente había sido a bordo de un taxi. Los médicos le contaron que también el conductor llegó en ambulancia esa madrugada, pero tenía unos pocos golpes y lo dejaron ir al día siguiente. Cuando él recuperó la conciencia tuvieron que decirle que nadie sabía quién era él: ni un nombre, ni un dato que ayudara a resolver el enigma.

—¿Y sus documentos? —le pregunté—. Tiene que tener algún documento donde figure su nombre.

—Ahí está el nudo del problema: me robaron. Fue aquella noche, quizás cuando estábamos tirados en la calle, inconscientes, o en el traslado. Al llegar al hospital yo no tenía billetera ni documentos. También el taxista denunció que le faltaban efectos personales: algo de dinero y un reloj.

—¿Alguien le robó a dos personas heridas? —pregunté incrédulo.

—Así está este país, pibe —asintió—, con tanta crisis, ni escrúpulos quedan.

A esa altura, yo me encontraba desorientado. La historia me parecía demasiado fantasiosa para ser real. Supongo que el tipo lo percibió porque de pronto sacó del bolsillo un papel y me lo extendió.

—Aquí tenés el diagnóstico —me dijo.

El papel tenía el membrete del hospital; decía que el portador padecía amnesia postraumática y que se trataba allí. Lo firmaba el doctor Carlos Espeche, neurólogo. Claro que podía ser falsificado, pero me dejó un poco más tranquilo. Le pedí entonces que siguiera contando.

A los diez días de estar en el hospital, me explicó, los médicos le dijeron que estaba en condiciones de irse a su casa. Pero, claro, no sabía a qué casa. Ya habían dado aviso a la policía de su presencia allí y les habían respondido que no había denuncias de ninguna persona desaparecida que encajase con su descripción.

—Entonces me fui a un hotel —siguió—. Ahí vivo ahora.

—¿Y cómo lo paga? —pregunté.

Me di cuenta de que dudaba si decírmelo o no.

—Tenía un dinero escondido —soltó al fin—. Se ve que por una cuestión de seguridad no lo llevaba en el bolsillo. Lo encontraron el día del accidente al desvestirme: tenía un fajo de billetes en cada media. Por suerte, al menos en el hospital fueron honestos: fue un médico el primero que lo vio y ordenó guardarlo hasta que yo recuperara la conciencia.

—¿Cuánto dinero había? —pregunté.

—Mucho.

—¿Mucho, cuánto? —insistí.

Sacudió la cabeza, dando a entender que no pensaba precisarlo.

—Mucho —repitió—. Suficiente para vivir al menos unos dos meses. Ese es el tiempo que me di para saber quién soy: dos meses. Ahora querrás saber para qué vine al diario.

Asentí.

—Quiero proponerles algo que puede ser interesante para ustedes y para mí. Mi historia, en exclusiva. Creo que para el diario es una buena nota: «El hombre que busca su identidad». Para mí es una ayuda indispensable: la búsqueda es difícil si la hago solo. Hay que golpear un montón de puertas, hacer muchas preguntas. ¿Y quién le va a contestar a un tipo que no tiene ni siquiera un documento, que no sabe ni cómo se llama? A un diario, en cambio, le contesta todo el mundo.

Volví a asentir. Así dicho, no sonaba mal. La propuesta tenía, también para mí, una ventaja: me convertía en un periodista de verdad. Me permitía hacer algo, dejar de ser solo el que llevaba y traía cosas. Claro que para eso Polini tenía que estar de acuerdo.



Nada. El hombre que acaba de irrumpir en la redacción del periódico apenas recuerda nada, solo unos gritos, un estruendo y que alguien lo persigue. Con estas pistas tan vagas, Santiago, un joven de 17 años en prácticas profesionales, tendrá que bucear en el misterio que rodea a este desconocido, reconstruir su historia y, de paso, demostrar a sus jefes que tiene madera de periodista.

ANDREA FERRARI
(Buenos Aires, 1961) se graduó como traductora literaria de inglés, aunque desarrolló su carrera profesional en el periodismo gráfico. Por *El complot de Las Flores* obtuvo el premio *El Barco de Vapor 2003* (España). La presente novela fue incluida en la selección *White Ravens 2006* de la Biblioteca Internacional de la Juventud de Múnich.

1 5 2 9 2 8

ISBN 978-612-316-067-8



9 786123 160678

 Hecho en el Perú

Fotografía de cubierta:

© BRAND NEW IMAGES - GETTY IMAGES